

Hemos hablado los días pasados del gran misterio de la Encarnación, de la presencia en el mundo de Dios humanado que ha pasado por él dejando tras sí esa estela indeleble que constituyen sus obras, sus milagros, sus profecías, en una palabra su vida por la que fácilmente se le reconoce como Dios aun hoy a veinte siglos de distancia. El último día hicimos unas observaciones sobre la incomprensibilidad de ciertas notas, de ciertas apariencias en la naturaleza y vida de Cristo, discordancias e incomprensibilidad que las ha de salvar una luz superior, una luz que participa de una inteligencia superior a la nuestra, luz que para nosotros es la fe que hace decir al Centurión de cara a una de esas aparentes contradicciones o notas incompatibles, Vere hic est.....

Siguiendo la regla de todo buen pensador que consiste en admitir los hechos establecidos, comprobados con la secuela de consecuencias que se derivan de ellos sin abandonar lo que se sabe por lo que se ignora, nosotros leal y sinceramente admitíamos la presencia en el mundo de Dios hecho hombre aunque no sepamos comprender la naturaleza íntima de este inmenso misterio de amor que se escapa al alcance de nuestra razón.

Y es aquí donde nuestra razón, nuestra curiosidad nos plantea otra pregunta que está en este momento pendiente de todos nuestros labios. Y porqué ha venido Dios al mundo? A esta pregunta no puede contestarle nuestra razón porque no cae en la esfera de su alcance los designios de Dios. Porque no entran en la esfera de su razón, los designios de Dios, lo mismo que no podemos averiguar por nuestras luces porqué Dios ha hecho redondo el mundo o porqué no ha creado las mismas condiciones de vida que en la tierra en la luna, tampoco puede dar una respuesta satisfactoria a la pregunta que nos hemos planteado - porqué se ha hecho Dios hombre y ha venido al mundo - no le puede dar la razón natural una contestación satisfactoria y por eso no nos ha de extrañar que la respuesta a esta pregunta le parezca sorprendente e incluso absurda a nuestra razón. La contestación a esta pregunta la hemos de encontrar en la palabra revelada de Dios, la contestación a esta pregunta nos la ha de dar Dios. Dios la ha dado y pertenece al depósito de la verdad revelada que como sabéis vosotros está sintetizada en el símbolo o el Credo que es la síntesis o resumen de las principales verdades que nos las han enseñado Jesucristo y los apóstoles que las aprendieron de Cristo.

La contestación a esta pregunta ahí la teneis en el cuarto artículo del Credo que nos enseña el misterio de Jesucristo sufriendo y muriendo en la Cruz - porqué - para redimirnos del pecado y librarnos de la muerte eterna. Son palabras textuales del catecismo. Y realmente que es sorprendente y más que sorprendente casi absurda la respuesta. Ya lo hemos dicho que no nos ha de extrañar el que sea sorprendente e incluso le parezca absurda a la razón humana, que es limitada, que no llega a penetrar la esfera superior, que como los ojos del murcielago se ciegan con la luz del sol, así también nuestra razón se ofusca e incluso pierde la poca claridad que tenía a la vista, a la presencia de estas verdades sobrenaturales. Estas verdades sobrenaturales que como quien dice violan los fueros de nuestra razón, no pueden menos de irritarla y está irritada la pregunta, pero para rehabilitar al hombre a Dios le era necesario venir en persona a morir y dar su sangre... Dios, felicísimo, Dios poderosísimo, Dios sapientísimo, Dios infinito... se turba porque una criatura suya, el hombre, haya frustrado abusando de la facultad que le dio Dios mismo y se achica y se abaja hasta hacerse hombre y lo que es más hasta morir en la Cruz. He aquí queridos fieles, el escándalo de la razón, la que los designios de Dios le remueven y le ofuscan, he aquí el hombre que inconscientemente se atribuye el derecho de juzgar a Dios y de pedirle cuenta, he aquí el gesto del topo que no ve el sol y niega su existencia. Y aquí veis que la fe es escándalo, turbación, inquietud para el que no la abraza y en cambio para el que la abraza es certeza, seguridad, paz, luz que le hace ver en el mundo y en la doctrina revelada, entre las justas exigencias de la naturaleza humana y la providencia divina una armonía y un acoplamiento perfecto y en el universo todo un plan estupendo, siendo el hombre el centro de todo él, no siendo por lo tanto una molecula o un atomo perdido o descentrado sin órbita ni centro de gravedad. A la luz de estos misterios aparece el hombre con todo el esplendor de su dignidad que le proviene del hecho de haber merecido su redención por la sangre del mismo Dios.